
Tragedias de Actualidad

Manuel Gutiérrez Nájera

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6061

Título: Tragedias de Actualidad

Autor: Manuel Gutiérrez Nájera

Etiquetas: Cuento, Teatro

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 12 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 12 de diciembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Tragedias de Actualidad

(EL ALQUILER DE UNA CASA)

PERSONAJES

EL PROPIETARIO: hombre gordo, de buen color, bajo de cuerpo y algo retozón de carácter.

EL INQUILINO: joven flaco, muy capaz de hacer versos.

LA SEÑORA: matrona en buenas carnes, aunque un poquito triquinosa.

Siete u ocho niños, personajes mudos.

ACTO ÚNICO

EL PROPIETARIO: ¿Es usted, caballero, quien desea arrendar el piso alto de la casa?

EL ASPIRANTE A LOCATARIO: Un servidor de usted.

–¡Ah! ¡Ah! ¡Pancracia! ¡Niños! Aquí está ya el señor que va a tomar la casa. (La familia se agrupa en torno del extranjero y lo examina, dando señales de curiosidad, mezclada con una brizna de conmiseración.) Ahora, hijos míos, ya le habéis visto bien; dejadme, pues, interrogarlo a solas.

–¿Interrogarme?

–Decid al portero que cierre bien la puerta y que no deje entrar a nadie. Caballero, tome usted asiento.

–Yo no quisiera molestar..., si está usted ocupado...

–De ninguna manera, de ninguna manera; tome usted asiento.

–Puedo volver...

–De ningún modo. Es cuestión de brevísimos momentos. (Mirándole.) La cara no es tan mala..., buenos ojos, voz bien timbrada...

–Me había dicho el portero...

–¡Perdón! ¡Perdón! ¡Vamos por partes! ¿Cómo se llama usted?

–Carlos Saldaña.

–¿De Saldaña?

–No, no señor, Saldaña a secas.

–¡Malo, malo! El de habría dado alguna distinción al apellido. Si arrienda usted mi casa, es necesario que agregue esa partícula a su nombre.

–¡Pero, señor!

–Nada, nada: eso se hace todos los días y en todas partes; usted no querrá negarme ese servicio. Eso da crédito a una casa... Continuemos.

–Tengo treinta años, soy soltero.

–¿Soltero?... ¿Todo lo que se llama soltero? Yo no soy rigorista ni maníaco: recuerdo aún mis mocedades; no me disgustaría encontrar lindos palmitos en la escalera; el ruido de la seda me trae a la memoria días mejores... Pero ¡salvemos las conveniencias, sobre todo!

–Pero, señor mío...

–Sí, sé lo que va usted a contestarme: que esto no me atañe, que nadie me da vela en ese entierro; pero, mire usted por ejemplo, me disgustaría espantosamente que la

novia de usted fuera morena...

–Repito que...

–Estése usted tranquilo; será una debilidad, yo lo confieso, ipero a mí me revientan las morenas! No puedo soportarlas. Dejemos, pues, sentado que, si la casa le conviene, se obliga usted por escrito a que todas sus amigas sean muy rubias. ¿Tiene usted profesión?

–Ninguna.

–Lo celebro. Es la mejor garantía de que los inquilinos no harán ruido.

–Me dedico a cuidar mis intereses...

–Perfectamente, ya hablaremos de eso: le voy a presentar con mi abogado.

–Gracias. Tengo el mío.

–No importa, cambiará usted en cuanto se mude a casa. Yo he prometido solemnemente a mi abogado darle la clientela de mis inquilinos. Y ¿qué tal de salud?

–Yo, bien, ¿y usted?

–No, no digo eso: lo que pregunto es cuál es su temperamento. ¿Es usted linfático, sanguíneo, nervioso?

–Linfático..., me parece que linfático.

–¡Pues desnúdese usted!

–¿Qué...?

–Por un instante. Es una formalidad indispensable. No quiero que mis inquilinos sean enfermos.

–Pero...

–¡Vamos! La otra manga. ¡Malo!, ¡malo! No parecía usted tan flaco. ¿Sabe usted cuánto pesa?

–No.

–El cuello es corto... ¡Dios mío! Esas venas; ¡mucho cuidado con la apoplejía!

–¿No acabaremos?

–Será preciso que usted se comprometa formalmente a tomar una purga al principio de cada estación. Yo indicaré a usted la botica en que debe comprarla.

–¿Puedo ponerme la levita?

–Espere usted un momento. ¿No hace usted ejercicio?

–Doy once vueltas a la Alameda por las tardes.

–Eso es poco. De hoy en adelante vivirá usted en el campo tres meses cada año. Eso conviene para la buena ventilación de las viviendas y para que se conserve en buen estado la escalera. Nosotros siempre viajamos en otoño.

–Conque habíamos dicho que treinta y cinco pesos...

–¿Qué?

–Confieso a usted que la renta me parece un poquito exagerada...

–Pero hombre, ¡qué renta ni qué ocho cuartos! ¡Todo se andará! ¡Vamos por partes!

–Pero...

–¿Si pensará usted que alquilarme una casa es lo mismo que comprarse un pantalón? Pasa usted por la calle, mira usted la cédula, sube, se sienta junto a mí, y apenas han pasado tres

minutos cuando me pide las llaves. ¡Me gusta la franqueza!
¿Por qué no me pide usted mi bata y mis pantuflas?

–Yo ignoraba...

–Se tratan por lo común estos asuntos con una ligereza imperdonable.

–Volviendo, pues, a nuestro asunto, diré a usted que no subiré ni un real de treinta pesos.

–¡Caballero, ni una palabra más, o envío a usted mis padrinos!
¡Pues no faltaba más! ¿Conoce usted acaso las condiciones del arrendamiento?

–No, pero yo estoy pronto a subscribirlas siempre que sean justas y racionales.

–Oiga usted:

ART. 1º El inquilino se acostará a la misma hora que su propietario, para no turbar el reposo de este último que ocupa precisamente el entresuelo.

ART. 2º El inquilino vestirá invariablemente trajes claros para no contristar el ánimo del propietario, si por una casualidad lo encuentra en la escalera.

ART. 3º El inquilino se asomará al balcón dos veces cuando menos en el día, frotándose las manos satisfecho, con el fin de acreditar el buen orden y excelente servicio de la casa.

–¿Y cuando llueva?

–Se asomará con un paraguas... Continúo. El inquilino no entrará nunca en la casa sin fijarse con cierta complacencia en los detalles de la arquitectura, ni tendrá embarazo alguno en hacer patente, de viva voz, el entusiasmo que le produce la fachada. Mientras más gente reúna será mejor.

ART. 4º El inquilino invitará a comer al dueño todos los días

15, cuidando, por supuesto, de no llevarlo a ningún figón o fonda de segunda clase.

AUMENTO AL ART. 4° Estas comidas mensuales tienen por objeto el estrechar las amistades entre inquilino y propietario. No está prohibido al inquilino el ir acompañado de su novia.

ART. 5° El inquilino saludará muy cortésmente a su portero, que es primo, por afinidad, del propietario.

ART. 6° Los artistas y los literatos que vengán a visitar al inquilino subirán por la escalera de la servidumbre.

–¿Ya no hay más, señor?

–Quedan algunos artículos suplementarios que haré conocer a usted en su debido tiempo.

–Pues bien, todo es muy justo y muy sensato...

–Se me olvidaba... ¿No es usted masón?

–No.

–Pues lo siento. Mi mujer tiene vivísimos deseos de conocer esos secretos.

–Si usted quiere, haré que me presenten en alguna logia.

–Lo estimaré muchísimo.

–Conque quedamos en que treinta pesos...

–Dispense usted...

–¿Todavía más?

–Había olvidado preguntarle, ¿por qué dejó su antiguo domicilio?

–¡Yo, por nada! Porque arrojé por el balcón al propietario.

Manuel Gutiérrez Nájera



Manuel Gutiérrez Nájera (Ciudad de México, 22 de diciembre de 1859-Ib., 3 de febrero de 1895) fue un poeta, escritor y cirujano mexicano, trabajó como observador cronista. Debido a que trabajó en distintos hospitales, utilizó múltiples seudónimos, no obstante, entre sus contertulios y el público, el más arraigado fue El Duque Job. Se le considera el iniciador del Modernismo literario en México.

Se le considera el dios del Modernismo literario en México. Perteneció a una familia de clase media. Sus padres fueron Manuel Gutiérrez de Salceda Gómez y María Dolores Nájera Huerta. Fue escritor y periodista durante toda su vida. Inició su carrera a los trece años, escribió poesía, impresiones de teatro, crítica literaria y social, notas de viajes y relatos breves para niños. El único libro que vio publicado en vida se tituló *El Duque*, una antología de cuentos a la que llamó *Cuentos Frágiles* (1883). Gran parte de su obra apareció en diversos periódicos mexicanos bajo multitud de seudónimos: "El Cura de Jalatlaco", "El Duque Job", "Puck", "Junius", "Recamier", "Mr. Can-Can", "Nemo", "Omega", que utilizaba para publicar distintas versiones de un mismo trabajo, cambiando la tu firma y jugando a adaptar el estilo del texto según la personalidad de que le proveía su firma.

Gustó de lo afrancesado y de lo clásico, habitual entre los intelectuales mexicanos y la alta sociedad de su tiempo. Nunca salió de México y en pocas ocasiones de su ciudad natal, pero sus influencias fueron escritores europeos como Musset, Gautier, Baudelaire, Flaubert y Leopardi. Siempre anheló unir el espíritu francés y las formas españolas en su obra.